

CONCUPISCENCIA.

¿Qué es concupiscencia?

EN sí misma, la concupiscencia es el apetito de los sentidos, una inclinación natural á los bienes sensibles; esta inclinación, este apetito no son malos, á no ser que sean contrarios á la razón y á la ley de Dios.

La concupiscencia no es una potencia mala producida por el demonio; ninguna potencia puede ser mala por sí misma, ni puede ser producida por el demonio.

La concupiscencia no es tampoco el pecado original; porque el pecado original está destruido por el bautismo, y la concupiscencia permanece. No es por fin, como lo quiere Calvino, una cosa corrompida, engendradora por el pecado original y semejante á un horno siempre encendido que vomita el pecado.

La concupiscencia no es el pecado; el pecado viene de la voluntad.

La concupiscencia, nacida del pecado original y propagada por él, no es el pecado, sino la pena del pecado. Es un motivo continuo de combate, de lucha y de victoria; no es el pecado, á no ser que la voluntad se úna á ella. Aunque seamos justos, nos hallamos entregados á la concupiscencia como á un tirano; y sin embargo no estamos propiamente entregados al pecado, porque la concupiscencia no nos obliga á pecar. Sentir los movimientos de la concupiscencia, dice S. Bernardo, no es pecar, sino que el pecado consiste en saborearlos voluntaria y libremente: *Nec enim concupiscentia cogit nos ad peccatum, quia ejus motus sentire non est peccatum; sed eis libere consentire peccatum est.* (Serm. in Psal.).

Yo echo de ver, dice S. Pablo, otra ley en mis miembros, la cual resiste á la ley de mi espíritu y me sojuzga á la ley del pecado que está en los miembros de mi cuerpo: *Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati, quae est in membris meis.* (Rom. VII. 23). Es decir, siento una ley que me tiene cautivo, no haciendo que mi voluntad le obedezca, sino conmoviéndome á pesar mio y á pesar de mi resistencia, por más viva que sea. Me veo forzado á sentir los movimientos que excita en el fondo de mi corazón; pero no se me fuerza á que me complazca en ellos. Estamos pues bajo el yugo de la concupiscencia, pero no bajo el yugo del pecado.

La concupiscencia se hace sentir en nosotros, y sin embargo no la escuchamos ni le obedecemos sino consintiéndolo. Los movimientos de la concupiscencia no son pecados cuando son involuntarios. Solamente está condenado, dice S. Agustín, aquel que se deja arrastrar por la concupiscencia de la carne: *Non damnatur nisi qui concupiscentiae carnis consentit.* (Lib. V. Cont. Julian).

No está en nuestra mano evitar y alejar enteramente los movimientos desordenados de la concupiscencia: lo que depende de nosotros y de nuestra voluntad, es consentirla; si lo hacemos, hay pecado..... Sentir la concupiscencia, dice S. Crisóstomo, está en la naturaleza; pero desear el mal, es del dominio de la voluntad: *Concupiscere naturale est; at male concupiscere jam voluntatis est.* (Homil. XIX. ad pop.).

Cuando se presenta un mal pensamiento y solicita nuestro consentimiento, dice S. Gregorio, de ningún modo se mancha nuestra alma; sólo se mancha cuando se sujeta complaciéndose en el pensamiento: *Mentem nequaquam cogitatio immunda inquinat cum pulsat, sed cum hanc sibi per delectationem subjugat.* (Moral.).

El pecado está enteramente en la voluntad.....

Si la concupiscencia fuese un pecado por sí misma, Dios habría oído á S. Pablo cuando éste le rogaba que le librase de ella; pero Dios no atendió su súplica, sino que le respondió: Bástate mi gracia; porque el poder mio brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza. (II. Cor. XII. 9).

Cuando digo las afecciones de la carne, hablo de una manera impropia, dice S. Cipriano; porque estas afecciones pertenecen perfectamente al alma, que es la única que siente, se mueve, vive, y á ella es á quien se imputa el pecado, porque sólo á ella se ha concedido el libre albedrío, la razón, la ciencia y el poder. Por medio de estas facultades, puede condenar el mal, negarse á cometerle y escoger el bien. El alma se sirve del cuerpo, como el herrero se sirve del ayunque y del martillo, para dar á sus ídolos todas las vergonzosas formas que quiere, y fabricar falsos dioses según bien le plazca. No es la carne la que impelo al pecado; no es ella la que lo inspira, ni concibe las malas acciones; no tiene el pensamiento á su disposición, sino que es el arsenal en donde se hallan los instrumentos del espíritu. El espíritu es el que hace y el que consume en ella y por ella cuanto ha decidido hacer. Se hace muy palpable y evidente que la carne es insensible cuando el alma se separa de ella. Desde aquel momento, en efecto, la carne no sirve de nada; no es más que una masa de corrupción. Todo lo que en el hombre comprende y siente, es por su naturaleza extraño al cuerpo. (*Prolog. tract. action. Jesuchrist.*)

Impropia mente se dice, añade S. Cipriano, que la carne combate contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, y que haya oposición; porque este combate no existe más que en el alma que se hace la guerra á sí misma y lucha contra su voluntad. Sabe muy bien en tal conflicto lo que es malo y lo que es bueno; pero, embriagada por la ponzoña de su deseo, entrega su cuerpo á la ignominia: abrazándole y uniéndose á él, se sumerge en las voluptuosidades que entorpecen, y en su seno se adormece. Al despertar, la confusión trae un arrepentimiento tardío, y el alma culpable y corrompida ve el horror de sus manchas. (*Prolog. ut supra.*)

La concupiscencia y la tentacion no son pecados, pero los engendran, si la voluntad los consiente. Por su esencia, dice S. Agustín, el pecado exige de tal manera el consentimiento de la voluntad, que si no hay este consentimiento, tampoco hay pecado: *Peccatum enim ita in sua essentia includit voluntarium, ut si hoc desit, desinat esse peccatum.* (Lib. I. retract. XV).

El bien y el mal son cosas extrañas al cuerpo, dice S. Bernardo: *Quidquid ad corpus spectat, sive bonum, sive malum, foris est.* (Epist.).

Gerson llama á la concupiscencia embajadora de Satanás en la voluntad, para instarla á que preste su consentimiento.... Pero si ésta se resiste, la embajadora no tiene fuerza ni poder; se parece á un hombre que tuviera intencion de incendiar una selva sin fuego, dice Sto. Tomás. (*De Peccat.*).

La concupiscencia es el hogar del pecado.

La concupiscencia, dice S. Efrén, se llama simiente del demonio, herida del alma, llaga del corazon, árbol del mal, vibora. (*T. II. Paran.*).

Es la madre del pecado, cuyo padre es el abuso del libre albedrío; la suggestion por una parte y el consentimiento de la voluntad por otra, hacen fecunda su union y la hacen producir todos los crímenes.

La causa real y la más poderosa de la tentacion, y por consiguiente del pecado, es la concupiscencia; lleva la voluntad, el espíritu y la imaginacion á consentir al pecado. Engendra la irreflexion, la ignorancia, la pasion, la mala costumbre, la ceguedad; cubre y oculta la malicia del pecado. Con mucha razon pues se la llama hogar, principio y escuela del pecado; y S. Pablo le da el nombre de ley de los miembros, que es contraria á la ley del espíritu.

Cómo nos tienta la concupiscencia.

Cada uno es tentado, atraído y halagado por la propia concupiscencia, dice el apóstol Santiago: *Unusquisque vero tentatur á concupiscentia sua abstractus et illectus.* (I. 14).

San Gregorio Nacianceno dice que la concupiscencia es un fuego, cuya llama excita el demonio: *Concupiscentia ignis, flamma vero demonis.* (In Distich.).

La concupiscencia nos tienta: 1.º como la serpiente tentó á Eva, y Eva á Adán; 2.º nos impele á obrar mal, como la calentura á beber agua que es dañosa.

Hemos perdido el freno de la justicia original con que Adán comprimía y detenía de tal modo los movimientos de la concupiscencia, que no podían surgir sin que lo viese y lo quisiese. Pero, desde que se ha perdido este freno, la concupiscencia está en nosotros como una úlcera abierta que da siempre mal olor; se parece á una cloaca que exhala constantemente vapores fétidos y deletéreos, á un horno ardiente que lanza sin cesar humo y llamas. La concupiscencia sugiere noche y dia malos pensamientos, y sobre todo pensamientos

de ignorancia, de ignominia; excita los movimientos de las pasiones que embrutecen. Es un volcan que jamás se apaga y cuyo cráter, siempre abierto, lanza á lo lejos lavas devoradoras....

La concupiscencia se debilita con una compresion perseverante, porfiada, y con otros mil medios, pero no muere jamás.... Y si el gran Apóstol, aquel vaso de eleccion, aquel hombre escogido por Dios para llevar su santo nombre por todo el universo, estaba perseguido de esta maldita enemiga, ¡cuánto no debemos temerla nosotros, débiles pigmeos!

No tengais amor al mundo, dice el apóstol S. Juan, ni á lo que está en el mundo. Si alguno ama el mundo, no tiene en sí el amor del Padre; porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de carne, y concupiscencia de ojos, y orgullo de vida: *Nolite diligere mundum, neque ea que in mundo sunt. Si quis diligit mundum, non est caritas Patris in eo; quoniam omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vite.* (I. II. 15-16).

Triple concupiscentia.

La serpiente tentó á Adán y Eva con tres concupiscencias: con la concupiscencia de la carne, solicitándoles para que comiesen la fruta prohibida; con la concupiscencia de los ojos, prometiéndoles falsamente que sus ojos se abrirían; con la concupiscencia del orgullo, diciéndoles: Seréis como dioses. El demonio tentó á Jesucristo con tres concupiscencias: con la concupiscencia de la carne, diciéndole: Mandad que estas piedras se vuelvan pan...; con la de los ojos, diciéndole: Os daré todas estas cosas si os prosternais delante de mí y me adorais; en fin, por la concupiscencia del orgullo de la vida, cuando le instó á que se precipitara desde lo alto del templo, prometiéndole que los ángeles lo recibirían en sus manos....

Esta triple concupiscencia es contraria á la Santísima Trinidad: la de los ojos, que es la avaricia, á Dios Padre; porque es liberalísimo y comunica su esencia y todo lo que tiene al Hijo, al Espíritu Santo, y por participacion á las criaturas. La concupiscencia de la carne es contraria al Hijo, cuya generacion no es carnal, sino espiritual.... El orgullo de la vida lo es al Espíritu Santo, que es Espíritu de humildad y de dulzura....

La concupiscencia de la carne es el amor á los placeres de los sentidos; estos placeres nos aficionan á este cuerpo mortal del cual decía S. Pablo: ¡Desgraciado de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Infelix ego homo! ¿quis me liberabit de corpore mortis hujus? (Rom. VII. 24).

Concupiscentia de la carnis.

Los placeres nos hacen esclavos; nos venden para ser esclavos del pecado: se intiere del mismo Apóstol: *Venundatus sub peccato.* (Rom. VII. 14). Es el más pesado de los yugos....

Esta concupiscencia de la carne ha traído todos los males, todas las debilidades, todas las enfermedades, el diluvio, la muerte..., causó la destruccion de Sodoma, etc....

La afición á los placeres de los sentidos es funestísima; nos lleva al mal, á la gula, á la lujuria, á excesos espantosos. La concupiscencia de la carne, es una planta emponzoñada que extiende sus ramas en todas direcciones y rodea el cuerpo... Hay en nuestra carne una disposición secreta, un levantamiento universal contra el espíritu. Por esto S. Pablo la llama cuerpo del pecado: *Corpus peccati*. (Rom. VI. 6).

El hombre se rebela contra Dios; el cuerpo entónces deja de estar sujeto á ésta rebelado, y el hombre no es ya dueño de sus movimientos. La insurrección de sus sentidos le da á conocer su caída, porque Dios le había hecho recto, exento de las miserias de la concupiscencia, y dueño de sí mismo. Pero, no habiendo querido el hombre sujetarse á Dios, la carne tampoco ha querido sujetarse al espíritu. Desde la caída del hombre, las pasiones de la carne, por un justo castigo de Dios, se han vuelto tiránicas muchas veces y victoriosas. Y el hombre que por su inmortalidad y la perfecta sumisión del cuerpo al espíritu debía ser espiritual hasta en la carne, dice S. Agustín, se ha vuelto carnal hasta en el espíritu: *Qui futurus erat etiam carne spiritalis, factus est mente carnalis*. (Confess.).

Concupiscencia de los ojos.

Hay en el mundo otra concupiscencia, la concupiscencia de los ojos, otro manantial de corrupción, que consiste, dice Bossuet, en dos cosas principalmente: la una es el deseo de ver, de experimentar, de conocer, en una palabra, la curiosidad; y la otra el placer de la vista cuando se place en mirar objetos de cierto brillo capaz de deslumbrar y seducir.

El deseo de experimentar y conocer se llama concupiscencia de los ojos; porque de todos los órganos de los sentidos, los ojos son los que extienden más nuestros conocimientos. En los ojos están en cierto modo comprendidos los otros sentidos, y el uso del lenguaje humano, sentir y ver, es á menudo una misma cosa. No solamente decimos: Ved qué hermoso es esto; sino también: Ved qué bien huele esta flor, qué suave es esto, qué agradable es esta música.... Por esto toda curiosidad se relaciona con la concupiscencia de los ojos. (*Traité de la Concupiscence*).

Por la concupiscencia de los ojos queremos ver...; queremos ser vistos...; queremos ser ricos...: esta concupiscencia de los ojos engendra la avaricia...; la vanidad...; el lujo...; los gastos desmedidos, etc.... Todo esto engaña la vista.... No améis pues el mundo ni todo lo que está en el mundo: *Nolite diligere mundum, neque ea quæ in mundo sunt*. (I. Joann. II. 15).

Tercera concupiscencia, que es orgullo de la vida.

El orgullo es una depravación profunda. Por él el hombre, entregado á sí mismo, se mira como un Dios: tan grande es el exceso de su amor propio. El orgullo es el vicio que ha penetrado hasta el fondo de nuestras entrañas á la palabra de la serpiente, cuando nos dijo por

medio de la persona de Eva: *Eritis sicut dii*: Seréis como dioses. (*Gen. III. 5*). Lo que queremos sobre todo, dice Orígenes, lo que más admiramos, se convierte en nuestro Dios: *Unusquisque, quod pro cæteris colit, quod super omnia miratur et diligit, hoc ei Deus est*. (In. Gen.).

Cada cual se hace un Dios cruel de la pasión á que se entrega, dice Virgilio: *Sua cuique Deus fit dira cupido*; y otro poeta: El mundo tiene tres dioses: el honor, las riquezas y los placeres.

Del orgullo de la vida nace el amor propio, el amor de uno mismo. Sólo nos ocupamos de nosotros mismos, de nuestra propia voluntad y de nuestro placer; ya no estamos, ya no queremos estar sujetos á la voluntad de Dios. No amándonos más que á nosotros mismos, somos intratables con el prójimo.... En vez de llevar el amor de Dios hasta el desprecio propio, llevamos el amor propio hasta el desprecio de Dios. Entónces adoramos la nada.... ¿Degradamos á Dios? No; sólo nos degradamos á nosotros mismos. Á Dios no se le quita nada; pero nosotros nos privamos de su apoyo, de su luz, de su fuerza, y del manantial de todo bien; nos volvemos ciegos, ignorantes, débiles, injustos, malos, esclavos del placer y enemigos de la verdad.... Nos rebelamos, queremos ser libres, y nos hacemos libres como los animales, que no tienen otras leyes que sus deseos.

Todo esto es obra del demonio....

Esta es la locura del hombre, este es su error. Dios le había hecho feliz y santo; este bien, por su naturaleza era inmutable: el hombre no tenía que hacer más que no cambiar, y habría permanecido en un estado inmutable: ha cambiado voluntariamente, y de ahí se ha seguido la triple concupiscencia; se ha vuelto soberbio, se ha vuelto curioso, se ha vuelto sensual. Para curarnos de estos males, Dios nos ha enviado un Salvador humilde, un Salvador que no tiene otra curiosidad que la salvación de los hombres, un Salvador anegado en pena, y que es un hombre de dolores, como dice Isaías. *Virum dolorum*. (LIII. 3-Bossuet, *Traité de la Concupiscence*).

Estamos vendidos á la concupiscencia, dice S. Pablo. (*Rom. VII. 14*). Este gran Apóstol exclama, como aplastado por el peso de la concupiscencia: ¡Desgraciado de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? *Infelix ego homo! ¿quis me liberabit de corpore mortis huius?* (Rom. VII. 23).

Escucha, ó alma mía, dice Hugo de S. Victor, escucha lo que eres: estás cargada de pecados, las redes del vicio te detienen, te rodean; seducida por las caricias de los sentidos, estás afianzada, encadenada á los miembros de tu cuerpo, desgarrada de cuidados, llevada en sentido contrario por los negocios, apremiada por el temor, agobiada de dolores, entregada al error, atormentada por las sospechas, fatigada por las solitudes, extranjera en una tierra enemiga,

Cuán penosa y humillante es la concupiscencia.

manchada con tus relaciones con muertos; creerías que habitas el infierno (1).

La carne se levanta contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; por cuyo motivo no haceis vosotros todo aquello que queréis, dice S. Pablo á los Gálatas. (V. 17).

La concupiscencia se parece á la sanguijuela; porque 1.º la sanguijuela se halla en una agua cenagosa y desea sangre con ardor: la concupiscencia va al fango de las pasiones; se sumerge en la carne y en la sangre, y no desea más que lo que mancha... 2.º La sanguijuela y la concupiscencia son igualmente insaciables; no permiten que se difiera el saciar su apetito, sino que quieren satisfacerlo al momento... 3.º Ambas son blandas y débiles... 4.º La sanguijuela es amante de sangre corrompida, se deleita con ella: la concupiscencia sólo se place en pensamientos impuros, malos deseos, acciones vergonzosas. ¿Necesitamos ejemplos? El hombre colérico no piensa más que en satisfacer su odio y su venganza; el goloso no se ocupa más que de su boca; el lujurioso, sólo de sus groseros placeres, etc.... 5.º Chupando la sangre de un hombre, las sanguijuelas acaban por debilitar sus fuerzas y matarle: la concupiscencia agota las fuerzas del cuerpo y del alma; es la causa de la muerte temporal y eterna... 6.º La sanguijuela se agarra con tenacidad: la concupiscencia hace lo mismo... 7.º La sanguijuela tiene veneno: la concupiscencia pervierte el alma, la envenena y la mata... 8.º La sanguijuela tiene como una lanceta que hiere la piel: la concupiscencia tiene un aguijon con que atraviesa ó hiere la conciencia... 9.º La sanguijuela tiene una boca triangular que hace una herida de tres lados: la concupiscencia hace tambien tres heridas: hiero cuerpo, inteligencia y corazon.

Terribles desgracias que causa la concupiscencia.

Bien manifiestas, dice S. Pablo á los Gálatas, son las obras de la carne: que son adulterio, fornicacion, deshonestidad, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, enojos, riñas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, glotonerías y cosas semejantes; sobre las cuales os prevengo, como ya tengo dicho, que los que tales cosas hacen no alcanzarán el reino de Dios (2).

Estas son las obras del hombre viejo ó de la concupiscencia, si la voluntad se presta á ellas....

Cuando la concupiscencia ha concebido, dice el apóstol Santiago, da á luz el pecado, y el pecado consumado engendra la muerte:

(1) Audi, ó anima, quis sis: onerata es peccatis, irretita vitis, capta illecebris, affixa membris, confixa curis, distenta negotiis, contracta timoribus, afflicta doloribus, erroribus vaga, suspensionibus inquieta, sollicitudinibus anxia, advena in terra inimicorum, coinquinata cum mortuis, deputata cum iis qui inferno sunt. *Lib. de Spiritu et Anima.*

(2) Manifesta sunt opera carnis: que sunt fornicatio, immunditia, impudicitia, luxuria, idolorum servitus, veneficia, inimicitie, contentiones, emulationes, ire, rixæ, dissensiones, sectæ, invidia, homicidia, ebrietates, comessiones, et his similia, que prædico vobis, sicut prædixi, quoniam qui talia agunt regnum Dei non consequentur. *v. 19-21.*

Concupiscentia cum conceperit, parit peccatum; peccatum vero, cum consummatum fuerit, generat mortem. (I. 15).

Cuando el fuego de la concupiscencia cae sobre alguno, dice S. Gregorio, no puede ya ver el sol de la inteligencia: *Cum in aliquem supercecidit ignis concupiscentiæ, videri ab eo nequit sol intelligentiæ. (Lib. Moral., c. XXXI).*

¿De dónde vienen las guerras y los litigios entre vosotros? pregunta el apóstol Santiago. ¿No son vuestras concupiscencias que combaten en vuestros miembros? *¿Unde bella et lites in vobis? ¿Nonne hinc: ex concupiscentiis vestris, quæ militant in membris vestris? (IV. 4).* Estais llenos de deseos, y no tenéis lo que deseais: *Concupiscitis, et non habetis. (Id. IV. 2).*

Para cada uno su pasión es una tempestad, dice S. Agustín: Amas el océano del mundo, te tragará; porque sabe devorar á los suyos, y no llevarlos: *Unicuique sua cupiditas tempestas est. Amas sæculum: absorbebit te; amatores suos vorare novit, non portare. (Serm. XIII de verbis Dom. in Matth.).*

El cuerpo que se corrompe, apega al alma, dice la Sabiduría: *Corpus quod corrumpitur, aggravat animam. (IX. 15).*

Si la concupiscencia no fuese fuego, no devoraría la casa, dice S. Crisóstomo. (*Homil. ad pop.*).

Aunque Adán y su raza hayan sido heridos en su inteligencia, en su memoria, en su voluntad y en el apetito irascible, lo han sido sin embargo mucho más profundamente en el apetito concupiscente. Así como una bestia salvaje y hambrienta se arroja sobre su presa para devorarla, de la misma manera la concupiscencia se lanza sobre el hombre para cogerle, arrastrarle á los deleites salvajes y crueles, y entregarle á los atractivos del pecado. Si satisfacés los antojos de tu alma, ella te hará la risa y fábula de tus enemigos, dice el Eclesiástico: *Si præstes animæ tuæ concupiscentias ejus, faciet te in quidiem inimicis tuis. (XVIII. 31).*

El hombre que se deja arrastrar y dominar por la concupiscencia, puede aplicarse aquellas palabras del Salmista: No hay parte sana en todo mi cuerpo á causa de tu indignacion: se me estremecen los huesos cuando considero mis pecados. Porque mis iniquidades sobrepujan por encima de mi cabeza, y como una carga pesada me tienen agobiado. Enconáronse y corrompiéronse mis llagas, á causa de mi necesidad. Estoy hecho una miseria, y encorvado hasta el suelo: ando todo el dia cubierto de tristeza. Porque mis entrañas están llenas de ardor, y no hay en mi cuerpo parte sana. Affligido estoy y abatido en extremo; la fuerza de los gemidos de mi corazon me hace prorumpir en alaridos. Mi corazon está conturbado, he perdido mis fuerzas, y hasta la misma luz de mis ojos me ha fallado ya: *Non est sanitas in carne mea, á facie ire tuæ; non est pax ossibus meis, á facie peccatorum meorum. Quoniam iniquitates meæ supergressæ sunt caput meum, et sicut onus grave gravatæ sunt super me. Putruerunt et corruptæ sunt cicatrices meæ á*

facie insipientia mea. Miser factus sum, et curvatus sum usque in finem: tota die contristatus ingrediebar. Quoniam lumbi mei impleti sunt illusionibus, et non est sanitas in carne mea. Afflictus sum et humiliatus sum nimis; rugiebam á gemitu cordis mei. Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea, et lumen oculorum meorum, et ipsum non est meum. (XXXVII. 4 etc.).

La concupiscencia dice el alma vacía; desgracia es obedecerle.

El mundo y su concupiscencia pasan, dice el apóstol S. Juan: *Mundus transit, et concupiscentia ejus.* (I. II. 17). Codiciais, y no lograis, dice Santiago, esto es: queréis satisfacer vuestras concupiscencias, y no podeis, nada hallais en ellas que pueda complaceros: *Concupiscitis, et non habetis.* (IV. 2).

La concupiscencia reduce á su desgraciada víctima al horrible estado del pródigo del Evangelio. La lleva á una tierra lejana y le hace disipar su hacienda, todos los bienes de la gracia, obligándola á vivir en la disipacion: *Profectus est in regionem longinquam, et ibi dissipavit substantiam suam, viviendo luxuriose.* (Luc. XV. 13). Y despues que se lo ha hecho gastar todo, una hambre extraordinaria sobreviene en aquella alma apasionada, y la indigencia llega para ella á pasos agigantados: *Et postquam omnia consummasset, facta est fames valida... et ipse cepit egere.* (XV. 14). Entonces el tirano á quien se la entregado, la envia á guardar cerdos. Allí, bien quisiera ella saciarse con lo que comen aquellos animales inmundos, pero ni esto le está permitido: *Missit illum ut pasceret porcos. Et cupiebat implere ventrem suum de siliquis quas porci manducabant, et nemo illi dabat.* (XV. 15-16).

La concupiscencia es un mal que atormenta el alma dándole una sed y un deseo continuo de las cosas de la tierra que no pueden llenarla ni saciarla. Llega á verse llena de enojos, de pesares, de decepciones, temores y mil dolores.

Deseais, y no teneis lo que deseais: *Concupiscitis, et non habetis.* 1.º Deseais, porque no teneis; y este deseo prueba que sois pobres y desgraciados...; 2.º deseais y no teneis, porque la concupiscencia es insaciable...; 3.º deseais y no teneis, porque lo que deseais no os basta ya, es insípido para vosotros...; 4.º deseais y no teneis, porque en el mismo momento en que una cosa que buscáis con ardor os proporciona un placer efimero, este placer desaparece rápidamente; 5.º deseais y no teneis, porque no poseeis tanto lo que deseais, como ello os posee á vosotros: os tiene, y vosotros no lo teneis; 6.º muchas veces no podeis gozar lo que deseais; 7.º muchas veces no os atreveis á serviros de ello despues de haberlo codiciado largo tiempo. Así el avaro, amontonando riquezas, vive con una sorprendente parsimonia, sufre privaciones, y casi se muere de hambre; en tanto que no tiene, espera; cuando tiene, se priva: hé aquí como la concupiscencia se burla áun de sus víctimas y las hace infinitamente desgraciadas....

La concupiscencia no es más que un sueño que atormenta. El que obedece á la concupiscencia, es castigado por la misma concupiscencia, porque, como se lee en el libro de la Sabiduría, *per quæ peccat quis, per hæc et torquetur.* (XI. 17). El avaro codicia las riquezas; ellas serán su tormento... El impúdico basea el placer; sus placeres serán su suplicio: esas pocas gotas de miel salvaje amargarán la copa en que bebe... se avergonzará de sí mismo....

Castigos impuestos al concupiscentino de la concupiscencia.

El hombre que cede al impulso de la concupiscencia halla en la misma satisfacion de sus deseos, la pérdida de la razon y de la memoria, de la voluntad, de la libertad, de la salud, de la hermosura, de la reputacion, de la vida; halla las tinieblas, el atontamiento, la esclavitud, las enfermedades, los dolores, el remordimiento, la desesperacion, una muerte prematura y cruel, la maldicion de Dios y de los hombres, y por fin el infierno, que jamás ha de apagarse.

Estas son las consecuencias del reinado de la concupiscencia....

En el infierno, dice S. Cipriano, hervirán las concupiscencias fritas con su propia grosura, y entre sartenes ardientes los cuerpos miserables serán quemados: *In inferno, in proprio adipè frize libidines bullient; et inter sartagine flammæ, miserabilia corpora cremabuntur.* (Serm. de Ascens. Dom.).

En el desierto desearon con ansia los manjares de Egipto; y tentaron á Dios en el secadal. Otorgóles lo que pidieron, y los hartó hasta el alma: *Concupierunt concupiscentiam in deserto, etc.* (CV. 14-15).

Lo habeis mandado, Señor, y así sucede: todo espíritu desarreglado es el castigo de sí propio, dice S. Agustín: *Jussisti, Domini, et sic est, ut pena sibi sit omnis inordinatus animus.* (Confess.).

Del principio del pecado deriva el castigo, dice S. Crisostomo: *Unde est fons peccati, illinc est plaga supplicii.* (Homil. ad pop.).

No apruebo lo que hago, dice S. Pablo hablando de la concupiscencia involuntaria que experimentaba: porque no hago el bien, que quiero; sino antes hago el mal, que aborrezco. Y en este lance no tanto soy yo quien obra aquello, cuanto el pecado, ó la concupiscencia, que habita en mí: *Quod enim operor, non intelligo; non enim quod volo bonum, hoc ago; sed quod odi malum, illud facio. Nunc autem jam non ego operor illud, sed quod habitat in me peccatum.* (Rom. VII. 15-17).

La concupiscencia proporciona grandes méritos á los que saben resistir.

A fin de que la grandeza de las revelaciones no me desvanezca, dice aquel gran Apóstol, se me ha dado el estímulo ó *aguijon* de mi carne, que es como un ángel de Satanás para que me abofetea. Sobre lo cual por tres veces pedi al Señor, que le apartase de mí; y respondióme: *Bástate mi gracia*; porque el poder mio brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza, esto es: *Brilla más sosteniendo al hombre en medio de las más violentas tentaciones.*

Así que con gusto me gloriaré de mis flaquezas ó enfermedades; para que haga morada en mí el poder de Cristo (1).

El mejor custodio de la virtud, dice S. Gregorio, es el sentimiento de la debilidad ante la gracia y las tentaciones; y sólo la sufrimos con cierta medida, á fin de que el alma fiel que se eleva interiormente á las virtudes más sublimes, pero que exteriormente está tentada, no tenga lugar ni de desesperarse, ni de enorgullecerse. Por el trecho que caminamos en la vía de la perfección, descubrimos lo que hemos recibido de Dios; con nuestras culpas, aprendemos de nosotros mismos lo que somos (2).

Dios, dice S. Bernardo, permite que la concupiscencia viva todavía en nosotros; nos allige profundamente para humillarnos y para que, conociendo lo que la gracia nos proporciona, nos hallemos inclinados á pedirselas sin cesar. Así obra Dios respecto de nosotros, tratándose de faltas ligeras; jamás nos vemos enteramente libres de ellas, para aprender que, si no podemos evitar todos los pecados veniales, no es seguramente con nuestras propias fuerzas que evitamos los pecados graves, y á fin de que siempre con vigilancia y temor pongamos todos nuestros cuidados, toda nuestra solicitud, en no perder la gracia, cuya indispensable necesidad tanto conocemos por una continua experiencia. (*Serm. in cena Domini*).

Por cuya causa, continúa el Apóstol, yo siento satisfacción y alegría en mis enfermedades, en los ultrajes, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias en que me veo por amor de Cristo. Pues cuando estoy débil, entonces con la gracia soy más fuerte: *Propter quod placeo mihi in infirmitatibus meis, etc.*; cum enim infirmo, tunc potens sum. (II. Cor. XII. 10). ¿Veis, dice S. Bernardo, como la debilidad de la carne aumenta la fuerza del espíritu y le da ánimo y vigor. La fuerza de la carne, al contrario, debilita el espíritu. ¿Y qué hay de admirable en que seáis más vigorosos cuando se halla debilitado vuestro enemigo mortal? Nada, á no ser que tengais locamente por amiga esta carne que no deja de conspirar y de rebelarse contra el espíritu (3).

(1) Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meo angelus Satane qui me colaphizat. Propterquod ter Dominum rogavi ut discederet á me; et dixit mihi: Sufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perficitur. Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. II. Cor. XII. 7-9.

(2) Optima virtutis custos est infirmitas, vel pressurarum, vel tentationum; et fit certo moderamine, ut dum quisque sanctorum quam quidem interius ad summa repit, sed adhuc tentatur exterioris, nec desperationis lapsus, nec elationis incurrat: sique cognoscimus in profectu quod accipimus; in defectu quod sumus. Lib. IX. Moral., c. VI.

(3) ¿Vides quia carnis infirmitas robur spiritui augeat, et submittat vires? Ita, e contrario, novetis carnis fortitudinem debilitatem spiritus operari. ¿Et quid mirum, si, hoste debilitato tui fortior efficeris? Nisi forte illam tibi insensissime duces amicum, que non cessat concupiscere adversus spiritum. *Serm. in cena Dom.*

Tertuliano prueba que es muy ventajoso, hasta para la carne, que el alma resista á sus concupiscencias, á fin de que la carne tambien quede purificada de sus vicios. La carne, dice, no es enemiga nuestra: cuando no cedemos á sus deseos, la amamos; porque entonces la curamos: *Caro non est inimica nostra; et quando ejus vitis resistitur, ipsa amatur, quia ipsa curatur.* (Lib. de Resurrect.). La continencia y la mortificación de los sentidos, añade este grave autor, es infinitamente más dulce que todas las pretendidas dulzuras de la concupiscencia; esta mortificación refrena y cura la concupiscencia que se opone á la caridad y á la sabiduría. Pone al hombre en el feliz estado de no vivir segun el hombre de la tierra, y de poder decir con el gran Apóstol: Yo vivo, ó más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. Porque, desde que no soy yo el que vive, soy más feliz, y cuando se levanta en mí algun movimiento conforme al hombre viejo, y lo ataco, sujeto en espíritu á la ley de Dios, puedo decir con el mismo Apóstol: Estos movimientos no son míos, no me pertenecen, no soy su autor: *Ubi enim non ego, jam felixus ego; et quando secundum hominem, reprobus ullus motus exurgit, cui non consenti, qui mente legi Dei servit, dicat etiam illud: Jam non ego operor illud.* (Ut supra).

¡Qué felicidad encuentran el espíritu, el corazón, la conciencia y la carne en combatir y en vencer la concupiscencia!.... Entonces la carne está sujeta al espíritu, el espíritu á Dios, y Dios bendice el cuerpo y el espíritu. Del cuerpo, Jesucristo hace sus miembros y el Espíritu Santo su templo; este Espíritu de amor establece su morada en el alma; la diviniza.....

Escuchad á Tertuliano: La trompeta apostólica, dice, anima al combatiente á los soldados de Jesucristo, haciendo resonar en sus oídos las siguientes palabras: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal de modo que obedezcais á sus concupiscencias: *Non regnet peccatum in vestro mortali corpore, ut obediat concupiscentiis ejus.* (Rom. VI. 12). Combatamos con valor, á fin de vencer y derribar á nuestros enemigos, y con cuidado tambien de que no seamos nosotros los vencidos y humillados. En semejante combate, no quedar herido es una victoria completa (1).

La profesion cristiana, dice S. Lorenzo Justiniano, no consiste en hacer milagros, en anunciar el porvenir, en hablar con elocuencia y conocer á fondo las sagradas escrituras; consiste en combatir y reprimir las concupiscencias (2).

(1) Milites christianos apostolica tuba isto sonitu accendit in prelium: Non regnet peccatum in vestro mortali corpore, ut obediat concupiscentiis ejus. Acriter dimicemus, ut hostes nostros mortificemus. In tali autem pugna, sanitas erit tota victoria. *Ad Mari.*

(2) Omnis disciplina christiana professionis, non in miracula faciendis, non in futura predicando, non in eloquio composito scripturarumque explanatione; sed in recedendis concupiscentiis commendatur. *De Inter. confli., c. VIII.*

Se experimenta mucha felicidad combatiendo valerosamente la concupiscencia.

Es menester energia para vencer la concupiscencia.

Medios de vencer la concupiscencia.

Los medios de vencer la concupiscencia, son:

1.º El temor de Dios, Señor, traspasad mis carnes con vuestro temor, dice el Salmista: *Confige timore tuo carnes meas.* (CXVIII. 120). Este temor saludable es una flecha poderosa que mata los deseos de la concupiscencia de la carne.....

2.º San Pablo indica el segundo medio de alcanzar este fin: Marchad segun el espíritu, escribe á los Galatas: *Spiritu ambulate.* (V. 16).

Os halláis comprometidos en una guerra no sólo contra las sugerencias del demonio, dice S. Agustin, sino sobre todo contra vosotros mismos. — ¡Cómo! ¿contra nosotros mismos? me direis.— Si; contra vuestras antiguas concupiscencias, contra los malos hábitos que os arrastran y os impiden abrazar una vida nueva. Se os ofrece una vida nueva, y queréis ser viejos en el mal. Suspensos entre la alegría que acompaña á la vida del espíritu y los atractivos de la vida sensual, tenéis que luchar en vuestro interior y contra vosotros mismos. Pero desde el momento en que os disgusteis, quedaréis unidos á Dios, y unidos á Dios, os hallaréis en estado de vencedores, porque Aquel que todo lo vence estará con vosotros. Escuchad lo que dice el gran Apóstol: Estoy sometido á la ley de Dios por el espíritu, y á la ley del pecado por la carne. ¿Cómo servís por el espíritu? Detestando vuestra mala vida. ¿Cómo es que servís por la carne? Porque las sugerencias y malas pasiones abundan en vosotros; pero uniéndoos á Dios, vencereis las rebeliones de la concupiscencia. Volveos hácia el que os educa. Pero ¿por qué permite este largo combate en que tenéis que luchar contra vosotros mismos? A fin de que comprendais que de vosotros viene este trabajo. Sois los autores de la flagelación que sufrís; os combatis á vosotros mismos. Dios se venga del que se ha rebelado contra él, permitiendo que el tal rebelde, no habiendo querido tener paz con Dios, se convierta en una guerra contra si mismo: *Sic vindicatur in rebellem adversus Deum, ut ipse sit sibi bellum qui pacem noluit habere cum Deo.*

Que estén vuestros miembros en guardia contra vuestras malas pasiones. ¿Se levanta la ira? Comprimidla, uniéndoos en espíritu á Dios: ha podido surgir, pero á lo ménos no encontrará armas; querrá lanzarse con impetuosidad, pero no tendrá con qué herir, puesto que la dejaréis desarmada. Entónces sucederá que de este movimiento, sin fuerza y sin resultado, será como si no lo hubieseis sentido. (*In Psal. LXXV.*) Lo mismo sucederá con las demás pasiones. Obedeciendo al espíritu, hareis impotentes las concupiscencias.....

Proceded segun el espíritu de Dios, dice S. Pablo, y no satisfaceréis los apetitos de la carne. Porque la carne se levanta contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, por cuyo motivo no haceis lo que queréis: *Caro enim concupiscit adversus spiritum, spiritus*

autem adversus carnem, ut non quacunqve vultis, illa facias. (Gal. v. 17).

Las pasiones, dice S. Anselmo, no os permiten cumplir lo que queréis; no les permitais tampoco cumplir lo que ellas quieren y así ni vosotros ni ellas hareis lo que queréis: *Concupiscentiæ non permittunt vos implere quod vultis: nolite et vos eis permittere implere quod ipse volunt; et ita nec vos nec illæ faciatis quod vultis.* Aunque haya en vosotros concupiscencias, no serán pues victoriosas, porque no querreis hacer lo que os sugieran. Pero las buenas obras del espíritu con que cumplireis, no podrán llevarse á cabo sino sufriendo, combatiendo y resistiendo á la concupiscencia: es imposible cumplir con ellas en medio de la alegría. (*In Concupiscentia*).

¿Se levanta en vosotros la concupiscencia? dice S. Agustin: Negadle la obediencia; no la sigais, porque es culpable, es impúdica, es vergonzosa; os alejaria de Dios: *¿Surrexit concupiscentia? Nega te illi; noli eam sequi: illicita est, lasciva est, turpis est, aliena te á Deo.* (Serm. XLV. de Temp.).

No debemos desear más que una cosa, y es no tener malos deseos.

3.º Es preciso huir. Huyendo, dice el apóstol S. Pedro, de la corrupción de la concupiscencia que hay en el mundo: *Fugientes ejus, quæ in mundo est, concupiscentiæ, corruptionem.* (II. i. 4). No queráis amar al mundo, ni las cosas mundanas. Si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad del Padre. (*I. Joann. II. 15*).

4.º Es preciso dirigirse á Jesús. Para vencer las pasiones cuando agitan vuestro corazón, es menester, dice S. Agustin, invocar el divino poder de Jesús: *Cum fluctuat cupiditate cor tuum, ut vincas tuam cupiditatem, invoca Christi divinitatem.* (Serm. XLV. de Temp.).

5.º Es preciso esperar en Dios. Esperando en el Señor, dice el Real Profeta, no vacilaré: *In Domino sperans non infirmabor.* (XXV. 1).

6.º No te dejes arrastrar de tus pasiones, y refrena tus apetitos, dice el Eclesiástico: *Post concupiscentias tuas non eas, etc.* (XVIII. 30). La concupiscencia es cierta sirena que, haciendo oír una especie de canto melodioso, afeminado y seductor, se esfuerza en atraer á los hombres para devorarlos.

¿Se rebela la concupiscencia? dice S. Agustin: rebelaos contra ella; ¿os ataca? atacadla; ¿vuelve á la carga? rechazadla de nuevo; no os ocupéis más que de una sola cosa, y es: que no quede victoriosa: *¿Rebellant? Rebella: ¿pugnant? pugna: ¿expugnant? expugna: hoc solum vide ne vincant.* (Lib. de Contin.).

7.º Cuando la concupiscencia os insta con solitaciones importunas, acordaos de que no es amiga vuestra como finge serlo, sino vuestra enemiga capital, y haced lo que los buenos soldados cuando el enemigo avanza y se ven atacados.....